

estudio preliminar de Luis Jaime Cisneros nos brinda desde la discusión filológica acerca del lenguaje en el Barroco, hasta un somero análisis de los sermones del Lunarejo. Como se menciona en el texto, estamos ante una introducción al tema y no frente a un estudio exhaustivo (que luego de salir a la luz esta edición se torna necesario). A pesar del cuidado que se ha tenido en la publicación de los sermones, el estudio preliminar de Cisneros se ve opacado por algunas citas no traducidas, así como por errores en la edición de la bibliografía. De la misma manera, hemos notado que a lo largo del texto no se usa un solo sistema de referencias bibliográficas, como es lo esperado en un artículo académico.

*La novena maravilla* no es solamente una muestra de la genialidad de Juan de Espinosa Medrano, sino que nos puede dar claves para la comprensión del pensamiento barroco. Es difícil acercarse a este conjunto de sermones sin pensar en la necesidad inmediata de una edición crítica del mismo, sugerencia que esperamos sea llevada a cabo por algún académico entusiasta.

FERNANDA ADRIANZÉN

*Pontificia Universidad Católica del Perú*

**HOLGUÍN CALLO, Oswaldo. *Cafés y fondas en Lima ilustrada y romántica*. Lima: Universidad de San Martín de Porres, 2013, 242 pp., ilustr.**

Este nuevo libro de Oswaldo Holguín, devoto estudioso de Ricardo Palma, refleja la afinidad del autor con el estilo entre romántico y costumbrista de las *Tradiciones peruanas*. Sin embargo, en el texto que pasamos a reseñar se aprecia un manejo riguroso del dato histórico, sustentado en una copiosa bibliografía y un amplio reparto de fuentes archivísticas y periódicos. El libro es complementado por diversas ilustraciones, las cuales recrean el ambiente de los cafés y otros establecimientos de expendio de bebidas y comidas, así como el existente en lugares de hospedaje y diversión, entre finales del siglo XVIII y todo el XIX.

Los objetivos que persigue el estudio son varios. En primer lugar, rescatar el espacio del café con el fin de introducirse en la sociedad limeña del tránsito del virreinato a la república, que encontró en aquél el lugar necesario para expresar sus inquietudes políticas e intercambiar información sobre el acontecer del país, de los territorios vecinos y de la lejana Europa. Otro objetivo es detallar la transformación que se opera en la sociedad por la adopción de costumbres que llegaban de Francia e Italia, especialmente. En materia de comidas, por ejemplo, se restringieron los potajes nativos a la vida diaria, mientras que para las grandes solemnidades se emplearon la cocina y los cocineros franceses. Los mismos cambios se advierten en la moda, con la sustitución de la saya por la crinolina, y en el tipo de educación. Además, entre los establecimientos de hospedaje aparecen los hoteles y se marca la división entre los alojamientos para gente de clase alta y los destinados a las personas de clase baja.

En la introducción del libro, que lleva el título de «Dos palabras», Holguín, en forma muy breve, nos acerca al tema de los cafés y lamenta la poca atención que se ha prestado a su estudio. Ciertamente que ha habido excepciones, como las del mismo Palma, Raúl Porras, José Gálvez, Jorge Basadre, Aurelio Miró Quesada y algunos más, pero ninguno de los trabajos de estos autores hace una investigación exhaustiva de los cafés, no obstante que por medio de ellos se puede seguir la vida cotidiana de la capital.

Con respecto al estilo empleado por el autor, se puede decir que Holguín maneja el lenguaje de una manera elegante y precisa. Se inclina hacia un costumbrismo que puede conectarse con autores como Palma, Ismael Portal, José Gálvez, Raúl Porras y Pedro Benvenuto, quienes tratan con afecto temas ligados a Lima. La presentación que hace el autor del contenido podemos tomarla como histórica y literaria, pero con un aparato crítico sólidamente documentado. Este último nos ayuda a enfrentarnos a un siglo XIX cambiante, pero que mantiene muchas reminiscencias coloniales que se diluyen en un intento de modernidad, de la cual son expresión, justamente, los cafés, las fondas y los demás lugares de expendio de comidas. En todos ellos se reunía gente de diversa condición social, pero sin vocación democrática.

La obra consta de tres partes, pero es básicamente en las dos primeras donde se plasma la descripción de todos estos locales públicos. La ter-

cera recoge más bien las fuentes que han servido para la construcción del texto, pues allí está la relación de los documentos, los periódicos y la bibliografía que se han empleado, con la descripción necesaria para la identificación de las obras consultadas. Completa esta parte la lista de las imágenes utilizadas y las fuentes de donde se han tomado. Entre estas últimas se encuentran las obras de Manuel Atanasio Fuentes, Léonce Angrand, Juan Mauricio Rugendas, Alejandro Malaspina y el obispo Baltasar Jaime Martínez de Compañón, así como cuadros ubicados en el Museo Pedro de Osma y figuras de la *Nueva Enciclopedia Británica* y el *Museo Ilustrado*, entre otras fuentes. Las imágenes, que están en blanco y negro o a color, se intercalan en el texto con el fin de captar mejor la época que se estudia. El tamaño de las ilustraciones varía: algunas ocupan la página entera; otras, media página; y las más pequeñas, un cuarto de página. Se emplean acuarelas, grabados y retratos. Desfilan allí personajes de diversa importancia, así como escenas, objetos y paisajes.

La primera parte del libro, titulada «El café de Bodegones y otros cafés limeños», abarca 110 páginas, entre texto e ilustraciones. Se trata el tema del café, su origen en Europa y su llegada al Perú y América, así como de los diversos tipos de establecimientos —como los bodegones, las mesas redondas, las cocinerías y las fondas— dedicados a la venta de alimentos, café, helados y pasteles; algunos de ellos brindaban incluso alojamiento. Allí se reunían los parroquianos para informarse de las últimas noticias o de las *bolas* que hacían circular por la ciudad los chismosos y desempleados, con el fin de inquietar el ambiente. Se menciona, igualmente, que muchos de estos establecimientos tenían además salas de juego de envite y de billar, e incluso algunos admitían mujeres de *vida alegre*.

El centro de esta sección lo ocupa el café de Bodegones, del cual Holguín nos hace conocer su ubicación, su dueño (Francisco Serio), su descripción física, sus parroquianos, su influencia en el medio y su evolución. Por medio del relato nos asomamos a la vida limeña de los cafés desde los albores de la independencia y las primeras décadas republicanas hasta su envejecimiento y desaparición a fines del siglo XIX. Subraya el impacto de aquellos en el ambiente cultural de Lima por la circulación que allí se daba de libros y periódicos que se leían en común. Asimismo, se difundían y discutían las nuevas ideas políticas, lo que llevó a que se forjaran

conspiraciones: esto ocurrió, primero, con ocasión del liberalismo y las Cortes de Cádiz, luego por la cercanía de José de San Martín y la llegada de Simón Bolívar, y por último, debido al caudillismo.

La segunda parte del texto, llamada «La influencia francesa y una fonda afamada (La Bola de Oro)», pone de relieve la fuerte presencia gala en Lima, tanto en la conducción de los cafés cuanto en la vestimenta femenina (que descubre el rostro, los brazos y el cuello de las mujeres), así como en el gusto por determinados platos, platillos, manjares, bebidas y especies comestibles. Dice Holguín que «no faltaron franceses, ingleses e italianos que, poseedores de cultura y métodos más capitalistas del negocio de preparar y vender comidas en lugares públicos, así como de conocimientos anejos a esa actividad (modalidades del servicio, publicidad, etc.), abrieron restaurantes de diversas categorías desde fines de los años 1830» (p. 160). A esto contribuyó la apertura de los nuevos estados americanos a la inmigración de toda procedencia.

El tema principal de esta segunda parte es un establecimiento emblemático, la fonda «La Bola de Oro», que funcionó principalmente entre 1830 y 1860, y cuyos dueños fueron franceses. Primero estuvo a cargo de Antonio Riviers; luego, de José Cier; y por último, fue administrada de forma conjunta por Luis Marchand y Artemio Maroux. Dicho establecimiento fue punto de referencia de varias generaciones, hasta que quedó como refugio para los mayores, quienes recordaban nostálgicamente los viejos tiempos. Sin embargo, la calidad del local había decaído.

Si alguna crítica cabe al libro de Holguín es la abundancia de referencias —sean estas de carácter bibliográfico, documental o explicativo—, debido a la preocupación del autor por no dejar incógnitas al lector. No obstante, en ningún caso se puede decir que alguna de las referencias esté de más, dado que esto no interrumpe la lectura. Además, tanto las referencias como el texto en general nos informan, de manera amena y a la vez erudita, de cómo vivió Lima en el siglo XIX alrededor de los cafés y las fondas.